



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Con un hermoso himno que lleva por título **“Aurea luce”** -joya de la liturgia romana y atribuido a Elpis, esposa de Boecio- inicia la Comunidad Cristiana, en las primeras vísperas, la celebración de la grandeza de los apóstoles Pedro y Pablo como columnas de la Iglesia y testigos supremos de Cristo.

La luz que nace del testimonio

El poema comienza con una imagen luminosa: **“Con luz dorada y resplandor rosado”**. No es solo una descripción poética del amanecer, sino una metáfora de la aurora de la fe que se alza sobre el mundo gracias al testimonio de los apóstoles. Pedro y Pablo no son simplemente figuras de nuestra historia: son **fuentes de luz**, porque su vida —y sobre todo su muerte— reflejan la gloria de Cristo resucitado.

La luz dorada representa la gloria divina, y el resplandor rosado la sangre del martirio. En ellos, la Iglesia reconoce que la verdadera belleza no está en el poder ni en el prestigio, sino en la entrega generosa del amor.

Pedro y Pablo: unidad en la diversidad

El himno los llama **“portero del cielo”** (Pedro) y **“doctor del mundo”** (Pablo). Dos misiones distintas, dos temperamentos opuestos, pero una sola fe. **Pedro representa la roca de la unidad**, la fidelidad que sostiene. Pablo el **fuego del anuncio**, la palabra que arde y transforma el corazón.

Ambos, sin embargo, convergen en el martirio, y esto es clave: la unidad de la Iglesia no se basa en la uniformidad, sino en la comunión en Cristo crucificado. La sangre de ambos apóstoles se convierte en el sello

de esa comunión.

Roma purpurada: la ciudad redimida

El canto proclama: **“¡Oh feliz Roma, purpurada con la sangre preciosa de tan grandes príncipes!”** Símbolo del poder imperial -la ciudad eterna- es transformada por la sangre de los mártires. Ya no es solo la capital del mundo antiguo, sino la cuna de una nueva cultura nacida del evangelio.

Esto significa que todo lugar, incluso el más marcado por la ambición o la violencia, puede ser redimido por el testimonio de los santos. La Iglesia no huye del mundo: lo transforma desde dentro, con la fuerza humilde del amor que destila la enseñanza de Cristo.

Doxología final: la meta es la Trinidad

El himno culmina con una alabanza a la Trinidad: **“Sit Trinitati sempiterna gloria...”**. Todo el camino de Pedro y Pablo, toda la historia de la Iglesia, toda nuestra vida cristiana, conduce a la comunión eterna con el Dios Uno y Trino que se hace alabanza gozosa; esta es nuestra llamada que abre un camino de seguimiento.

Este texto no es solo una pieza litúrgica antigua: es una profesión de fe cantada, una catequesis poética, y una llamada a vivir con la misma pasión, fidelidad y esperanza que los apóstoles Pedro y Pablo.



Pedro es la roca visible de una comunión invisible

Jesús no eligió a Pedro por su perfección, sino

por su fe frágil pero sincera. Al decirle: **“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”** (Mt 16,18), Cristo no solo le confió una misión, sino que **instituyó un principio de unidad visible** para su comunidad. Pedro, con sus luces y sombras, se convierte en el primer testigo de una Iglesia que es humana y divina, peregrina y eterna.

Pablo el predicador de la verdad

Su vida es un testimonio de que **la gracia puede convertir al perseguidor en apóstol, al enemigo en testigo, al orgulloso en servidor**. El martirio de ambos en la ciudad eterna, hizo de esta Iglesia el corazón que late por todos.

La Iglesia de Roma: corazón que late por todos

Desde los primeros siglos, la Iglesia de Roma ha sido reconocida como la sede de Pedro y Pablo y, por tanto, **referente de comunión para toda la Iglesia universal**. No por poder humano, sino por el testimonio de sangre y fe que brota de sus mártires. San Ignacio de Antioquía, ya en el siglo I, la llamaba **“la Iglesia que preside en la caridad”**; esto hace que sea **punto de referencia y garantía de fidelidad al Evangelio**. Su misión es custodiar la fe apostólica, promover la unidad entre los cristianos, y ser voz profética en el mundo. El Papa, como obispo de Roma, encarna esa misión universal desde una raíz local.

Esta relación entre Pedro, el Papa y la Iglesia romana no es una estructura de poder, sino una **dinámica de servicio, comunión y testimonio**. Es una invitación a vivir la fe no como individuos aislados, sino como miembros de un cuerpo que respira al ritmo del Espíritu Santo.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Salmo 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:

que los humildes lo escuchen

y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.

Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.

El afligido invocó al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.

El ángel del Señor acampa
en torno a quienes lo temen y los protege.

Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

El Salmo 33 (34) es una joya poética y espiritual, que brota del corazón de David en un momento de profunda vulnerabilidad y confianza. Compuesto tras su liberación de manos del rey filisteo Aquis (Abimelec), este poema es a la vez acción de gracias, testimonio personal y enseñanza para todos.

David bendice al Señor “en todo tiempo” y anima a otros a unirse a su canto. Habla de cómo buscó a Dios y fue escuchado, cómo fue librado de sus temores y angustias. Invita a: “*gustad y ved qué bueno es el Señor*”; una expresión de experiencia viva, no

solo de mera enseñanza.

El santo rey se convierte en maestro al decirnos: “*Venid, hijos, escuchadme*”. Enseña el temor del Señor, la rectitud de vida, la búsqueda de la paz. Describe cómo Dios cuida de los justos, escucha su clamor, está cerca de los atribulado y salva a los abatidos; así aconteció con Pedro

Claves espirituales

- La alabanza como actitud constante: No es solo reacción a lo bueno, sino decisión de fe incluso en la prueba (v.1).
- La humildad como puerta de la gracia: “*El afligido invocó al Señor...*” (v.6). Dios escucha al que se reconoce necesitado.
- La experiencia de Dios es personal y transformadora: “*Gustad y ved...*” (v.8). No basta con saber de Dios; hay que probar su bondad.
- El temor del Señor no es miedo, sino reverencia activa: Se traduce en vida justa, lengua limpia, búsqueda de la paz (v.11-14).
- Dios no promete ausencia de pruebas, sino presencia fiel: “*Aunque el justo sufra muchos males, de todos los libra el Señor.*” (v.19).

Esta plegaria es ideal para momentos de prueba, para enseñar a confiar, y para recordar que la alabanza no nace de la comodidad, sino de la certeza de que Dios está cerca.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo Sancta Ovetensis

DOMINGO XIII “C” Santos Pedro y Pablo



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Hechos de los apóstoles 12, 1-11

En aquellos días, el rey Herodes decidió arrestar a algunos miembros de la Iglesia para maltratarlos. Hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan. Al ver que esto agradaba a los judíos, decidió detener a Pedro... Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él...

Mateo 16, 13-19

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesárea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»

Ellos contestaron: «Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»...